

ED

ESTACION
DE
NAVEGANTES

Dimas
Lidio
Pitty



EXTEMPORANEOS

Colección
Extemporáneos/Novela

Dimas
Lidio
Pitty
Estación
de
navegantes



Editorial
Extemporáneos

Primera edición
en español

DR © EDITORIAL
EXTEMPORANEOS, S. A. / 1976
Avenida Melchor Ocampo 256-A, B y C
Apartado postal 5-442
México 5, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

N. de E. 01192

*¡Oh tú, hermosura del día! ¡Tú, huracán;
tú, Corazón del Cielo y de la Tierra!*

Popol Vuh

Los norteamericanos quieren absorbernos... vendrán aquí con el mensaje de su lengua y de su folklore, son de una condición que no respeta más hegemonía cultural que la suya; vendrán a colonizarnos, no sólo como se explota una comarca, con propósitos comerciales —o políticos—, sino por medio de su cultura, sinceramente incompatible con la nuestra...

... Los norteamericanos nos dicen que nos tienen mucho cariño; no pocas veces hemos leído en la prensa norteamericana críticas violentas a la política imperialista de los europeos contra los latinoamericanos; no pocas veces hemos leído en la prensa norteamericana críticas contra la política de los europeos, que vienen desarrollando en el continente negro —de quienes parece que quieren convertirse en defensores—, ¡qué ironía, para los que defienden la teoría de McKinley de la expansión territorial y del racismo, y de imponer por la fuerza una política del panamericanismo, que se administra desde las fronteras americanas, si no, díganlo con elocuencia... México, Cuba, Haití, Filipinas, Puerto Rico... o nosotros mismos!

*Belisario Porras, presidente de
Panamá, 1920-1924.*

*Yo he visto a Panamá desde las nubes
como una larga zona de uniformes.*

Rafael Alberti.

*El lobo se llama dólar,
el lobo mató la paz.
El lobo, niños del mundo,
barbas lleva de tío Sam.*

Diana Morán.

UN DIA ENTRE LOS DIAS

Agua el día
agua la noche
agua el mundo en rotación inmutable de
[soles y lunas

Al sur al norte
continentes habitados por plantas y
[animales
donde miles de años después habrá
[ciudades y dioses

Astros de luz esmeralda
mareas
siglos y siglos de silencio
Entonces

¿en qué instante emerge del mar
entre fuego y espuma
este corazón de tierra? *

El tiempo el tiempo
No hay calendario

* El Istmo de Panamá se formó a mediados del periodo terciario, según la opinión más difundida y aceptada entre los geólogos.

ni huella en el barro o en la nube
pero ahí ha estado y estará
hasta que el agua recobre su dominio

Tierra de agua
tierra de aire
tierra de luz
aquí está
entre todas las aguas
entre todas las tierras
entre todos los hombres

La voz surgió del mar plateada por los
[peces una mañana de sol
Pudo ser en Bayano
o en Darién
o en las islas
donde ese día los indios vieron cardúmenes
[innumerables
y la voz nació del agua *
Nadie recuerda el sitio
pero el nombre brotó como una flor azul
y sus pétalos se abrieron en sonidos
Luego sobrevivió a plagas y diluvios
al arribo de Bastidas
al asombro de Colón
al genocidio de las tribus
a los vendavales del Caribe y los incendios

* La voz aborígen *panamá* significaría "abundancia de peces". De acuerdo con otras versiones, sería "abundancia de mariposas". Nos inclinamos por la primera acepción, pues la realidad parece confirmarla.

Junto a los ríos, en las selvas remotas y escondidas, los fugitivos de la espada y de la cruz repiten el nombre en silencio como una alabanza a la tierra perdida. Bajo los espavés o las estrellas, la palabra resume pasado y futuro, cuanto ha sido o habrá de ser para los pueblos dispersos. Más tarde, en las montañas de Veraguas, en la sombra azul de cerros y luciérnagas, Urracá, gran señor de la guerra que eludió el cautiverio español arrojándose al mar cuando era conducido engrillado en una chalupa, arenga a sus guerreros con palabras de fuego y con esa voz antigua venida de las aguas. Los rostros de bronce y las hachas de piedra fulgen en la luz de las hogueras. Urracá llama al combate: ¡No a la esclavitud! ¡No a la cruz! ¡No al dominio extranjero! Compañón, Albítez, Espinosa, los capitanes de las huestes castellanas (cruzan llanuras y pantanos, incendian aldeas, violan mujeres y degüellan ancianos, deslumbrados por el oro) escuchan en el día de serpientes o en la noche de fieras el nombre extraño. Perciben su presencia en cada hoja, en cada piedra; es como el aire quemado por el sol, como la lluvia, como la misma sombra que calladamente envuelve armaduras y arcabuces en herrumbre.

De la mar había venido y en la vida estaba
La luna ilumina las costas de arena blanca

las hondonadas sombrías
y el nombre asoma como una roca virgen
Panamá

Brilla en el rocío
en el alba
en el crepúsculo

es

el aire
el cielo
los pequeños arroyos
cuanto el hombre ha tenido y tendrá sobre
[la tierra
sobre esta tierra de caminos secretos
por donde han pasado emisarios de
[Chichén Itzá de Uxmal
acaso de Tenochtitlan
hacia las nieves de Macchu Picchu

Hombres de muchos pueblos han pasado
[por esta tierra
y algunos han hallado aquí sus ilusiones
y otros la muerte
Panamá
puente o meta
instante o destino
siempre tierra en el agua y en la historia

En su casa de La Antigua, en las tardes de lluvia, cuando no es posible trabajar en el huerto, Balboa recuerda su infancia en Badajoz o sus penurias en La Isabela, de donde tuvo que salir huyéndole a la miseria. Ahora afila su espada en una piedra mientras Anayansi lo mira embelesada

ESTACION DE NAVEGANTES

como a un dios antiguo. Al otro lado de la sierra, muy lejos, está el mar. No ese, visible a su espalda, en el cual está fondeado un bergantín de tres palos y en el cual se extravió Nicuesa con su infortunio, sino aquel que vislumbró una mañana luminosa desde un cerro de Darién y a cuya ribera llegó cuatro días después para tomar posesión de él en nombre de Castilla y Aragón. Allá, al otro lado del Istmo, está el mar turquesa de las perlas y el oro, a través del cual un día Pizarro y Almagro llegarán a las riquezas de Perú y a los lagos de Chile. Mientras afila su acero piensa en ese mar inexplorado y en los viajes que aún deberá emprender en busca de nuevos dominios para su rey. En ese instante un rayo calcina un árbol frente a la casa y en la mirada de Anayansi percibe una sombra fugaz. Meses después, en el momento en que su cabeza va a ser cortada en el sol de la mañana de Acla por orden de Pedrarias, Balboa ya no piensa en el mar de las perlas y el oro, de las islas apacibles y el horizonte infinito, sino en sí mismo y en esta tierra que la muerte convierte en su destino.

Panamá

voz de agua

voz de cielo

voz de luz

tierra surgida del mar

DIMAS LIDIO PITY

cuyo nombre no perece

Panamá

tiempo y sangre

canal

puente

destino

Panamá

the crossroads of the world.

El olor y el sonido de la lluvia llegaban de la calle mientras en la penumbra del Moroco la cara pálida y los ojos azules de Billy Jones hacían evocar esas imágenes de santos acosadas por las polillas y los años, esas viejas figuras de madera pintada que naufragan en la atmósfera plácida y espermosa de las iglesias coloniales. Afuera pasaban los automóviles y el roce de las llantas con el agua y el pavimento resultaba desagradable, casi doloroso, como cuando un chico raspa una superficie metálica para fastidiar a la vieja tía que a menudo lo atormenta enseñándole oraciones y amenazándolo con suplicios eternos si no las aprende.

Billy tenía delante su *gin and tonic* y parecía ensimismado o abstraído, aunque en realidad sólo esperaba que yo respondiera a lo que él había dicho poco antes. Bebió un trago y cuando puso el vaso sobre la mesa dije que tal vez tuviera razón. Yo no había vivido una experiencia semejante a la suya, pero tenía la impre-

sión de que para un hombre debía ser demasiado duro eso de permanecer tres o más años alejado de la familia, en regiones inhóspitas y desconocidas, dedicado a matar gente, beber cerveza, dormir, ver la misma película diez veces en el cine de la base, ir el día libre a los burdeles y no tener otro escape que la marihuana o las propias y más secretas ilusiones. Era demasiado duro; sí, tenía que ser demasiado duro para cualquiera que no fuera un *son of a bitch*.

Tomó un cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesa, lo golpeó mecánicamente contra el encendedor y no dijo nada. Luego la llama del encendedor empalideció aún más su rostro de niño tardío, prácticamente imberbe, pero en el cual la juventud no podía disimular prematuras huellas de remordimiento o desencanto. Exhaló el humo y bebió otro trago. Su manera de beber traslucía una especie de indiferencia o de hastío, de renuncia definitiva. Me miró.

—Eso es lo peor —dijo con voz tenue—. Sí, eso es lo peor: que todos somos hijos de perra. Pero lo más triste es que no lo advertimos sino cuando es demasiado tarde para cualquier cosa que no sea sentir asco de uno mismo. Antes, cuando uno está en el asunto, cuando obedece órdenes y avanza y tira a ciegas y se revuelca en el lodo, no advierte nada. Quizás sea porque no hay tiempo para pensar. Pero, después, cuando todo ha pasado, llega el día, un instante cualquiera, en que uno comienza a comprender. Así

les ha ocurrido a muchos. Pero ya entonces la cosa no tiene remedio, ¿ves? —afirmé con la cabeza y él aprovechó la pausa para beber un trago—. Ya sólo queda seguir viviendo hasta el fin con el recuerdo de ese tiempo y con la amargura, si uno tiene suficiente conciencia, de haber sido un miserable. Pero eso tampoco arregla nada porque en ese momento habrá otro haciendo lo mismo que uno hacía. ¿Comprendes?

Asentí en silencio y bebí un trago. Billy fumaba y exteriormente se veía tranquilo aunque un fulgor extraño, de rencor o culpa soterrados, brillaba en el fondo de sus ojos. Ahora bebía pausadamente y observaba los desnudos pintados en las paredes. Había mulatas y criollas en poses sugestivas y sensuales. Era evidente que quien las había pintado no era un artista sino un simple ilustrador comercial, pero en uno de los desnudos había alcanzado a rozar la magia de la creación. Quizás los clientes del Moroco no lo advirtieran, sin embargo, algo había de arte, de vaga poesía, en esa muchacha reclinada bajo un árbol con la falda subida hasta los muslos entreabiertos y con un aire de entrega o abandono en su cuerpo moreno. Tal vez el autor había visto alguna reproducción de la Maja Desnuda, o de Las Tahitianas de Gauguin, e inconscientemente había intentado remedar los cuadros ilustres o tal vez simplemente había querido plasmar en ese muro uno de sus sueños, una parte de su humanidad secreta, de sus ansias de rotulista desconocido.

Cualquiera hubiese sido su intención, la muchacha había resultado más que una tosca ilustración de cantina. Y seguramente el autor había tenido conciencia de eso porque en el ángulo inferior derecho había puesto una especie de firma o marca ilegible que singularizaba y distinguía la pintura. El ilustrador no se había atrevido a dejar bien claro su nombre, quizá por temor al escarnio de sus conocidos, pero había satisfecho, aunque fuera en parte, su vanidad. Billy miraba precisamente ese cuadro.

—Me recuerda algo que he visto antes —dijo después de un rato.

—Hay muchos así en los almanaques —dije, levantándome para ir al servicio.

Negó con la cabeza y volvió a mirar la pintura mientras me alejaba. Cuando regresaba, vi que sacudía su cigarrillo en el cenicero, el vaso en la otra mano y los ojos entornados. Charlie, el barman, pulía copas con un trapo detrás del mostrador. Fui hasta el jukebox y marqué algunas piezas, sin fijarme cuáles eran. Una canción lenta, de impreciso aire italiano o francés, surgió del aparato. Cantaba una mujer de voz dulce y melancólica. Billy tenía los codos apoyados en la mesa, la barbilla en las manos y los ojos cerrados cuando regresé a sentarme. Afuera seguía lloviendo y no entraba ningún cliente. Billy terminó su trago y llamamos al barman.

—Trae algo de comer —dije cuando vino.

Preguntó si queríamos papas fritas,

sardinas portuguesas o salchichas pican-
tes. Billy dijo que cualquier cosa. Pedí
anchoas y galletas de soda. Comenzaba
a sentir hambre porque había almorzado
temprano y ya eran más de las cinco.

—Ah, sírvenos lo mismo, Charlie —di-
je mientras terminaba mi vaso.

Charlie trajo primero las bebidas y
después las galletas y las anchoas. A Billy
le puso delante un platito con salchichas.
Comió dos o tres trozos y luego apartó el
plato y dijo que no tenía hambre. Yo, en
silencio, casi sin levantar la vista, terminé
las anchoas. Me sentí mejor y bebí un
trago largo. Después encendí un cigarri-
llo y durante un rato escuché, como si
fuera música y no estuviera en un bar en
compañía de un gringo, sino en un bosque
o en una playa solitaria, el sonido de la
lluvia y el ruido de los automóviles. Billy
se había recostado contra la pared (está-
bamos sentados en sillones gruesos, tapi-
zados con material parecido al cuero, en
los cuales era posible reclinarsé cómodamente) y tenía los ojos cerrados.

De pronto comencé a sentirme incómo-
do, casi disgustado conmigo mismo por
haber aceptado beber con Billy. Era un
sentimiento confuso. No era propiamente
disgusto, pero sí una sensación de inco-
modidad, como cuando uno se abstiene de
refutar un disparate por no parecer grose-
ro y luego lamenta la abstención porque
quien dijo el disparate no sólo persiste en
el error sino que profundiza en detalles e
insiste en convencer a todos con sus ton-
terías. Ahora deploraba estar con Billy

mientras lo veía beber su *gin and tonic*, siempre con los ojos cerrados. ¡Qué gringo hijo de su madre! No debía haber aceptado acompañarlo; a lo sumo, debí haber aceptado tomar una copa, no soportar durante horas su charla y su compañía. Sí, él tenía sus problemas, muy bien, pero yo tenía los míos y todo el mundo se pasaba la vida haciéndole frente a los conflictos; eso no era una justificación y, al fin y al cabo, ¿qué era yo suyo para que me contara sus cosas?

Nos hemos encontrado en la calle y me ha pedido que por favor le indique dónde es posible beber una copa sin complicaciones, en un ambiente tranquilo. Le he recomendado el Moroco, el mejor bar de Río Abajo, donde siempre es seguro encontrar buena bebida y hasta una amiga, si la suerte lo acompaña a uno. Estamos en una esquina, a media cuadra del bar, y yo espero el cambio de semáforo para cruzar la calle. A nuestro lado pasan hombres, mujeres y chicos morenos mientras una masa de nubes grisáceas comienza a espesarse por el lado del mar. Cambia la luz y digo *bye*, pero él me retiene y pide que lo acompañe, si no tengo nada urgente que hacer. Durante un instante dudo, luego decido que no es mala idea tomar una ginebra antes de la cena. Es sábado. Además, de vez en cuando es bueno conversar con los gringos para saber qué traen por dentro. Uno los ve todos los días, está cansado de soportar la presencia de los marineros ruidosos y de los soldados de mirada perdida que invaden los burdeles de Río Abajo desde el atardecer hasta la mañana o hasta que un escándalo precipita la intervención de la policía y la parranda terminan en garrotazos, detenciones y autos

ESTACION DE NAVEGANTES

alejándose con las sirenas abiertas; uno está acostumbrado a eso, pero pocas veces tiene oportunidad de hablar con alguno de ellos acerca de algo que no sean mujeres, cantinas, naipes o drogas. Ahora, uno se pregunta ¿de qué se puede conversar con un soldado de veinte o veintidós años que por primera vez ha salido de su pueblo del Middle West y antes de ahora no había oído el nombre de esta tierra? Para la mayoría de ellos, el Canal es una zanja llena de agua, con selvas vírgenes y tribus salvajes en las orillas. Un sitio donde el chico de mamá debe tener mucho cuidado y, sobre todo, recordar que en ningún caso debe acceder a las incitaciones de las nativas desvergonzadas y lúbricas; esas criaturas impúdicas y salvajes que podrían contagiarle quién sabe qué enfermedades o vicios, indignos del buen muchacho que se casará con Lucy o Anne cuando regrese al pueblo convertido en un veterano de ultramar. ¿Qué puede hablarse con ellos acerca de una tierra que desconocen y seguramente desprecian, si no son capaces ni siquiera de hablar de su propio país? Por eso uno se ha acostumbrado a verlos pasar por las calles, sus ojos prendidos a las caderas de las *native girls*, con lascivo estupor en sus rostros anónimos y rubios. En cierto modo, son como un elemento indeseable del paisaje. Sin embargo, en Billy parece haber algo distinto. Su acento no es el corriente en los soldados y da la impresión de haber estudiado o, cuando menos, de haber leído algo diferente a *Superman*, *Bugs Bunny*, *Mickey the mouse* o la sección deportiva del *Star News* o cualquiera que sea el nombre del diario de su pueblo. Luego sabré que nació en Filadelfia —sus padres son profesores de High School—, tomó cursos universitarios y vivió una temporada en Nueva York. Antes de ingresar al ejército quiso hacerse escritor, pero la incertidumbre y la bohemia consumieron los propósitos y el tiempo. Mientras

deambulaba por las calles o veía una película, le brotaban ideas y temas para relatos que luego olvidaba conversando en los cafés o en tabernas penumbrosas. Después, un día leyó a Miller y a Caldwell y decidió que debía comenzar de una vez si realmente quería hacerse escritor. Pero antes de una semana lo había llamado el ejército y ahí había acabado todo. Ahora estaba de vuelta —solamente estaría tres días en Panamá— y la idea de convertirse en escritor había quedado en algún lodazal o en alguno de los millones de cráteres abiertos por las bombas en Indochina. *Oh, my God!* Allá había extraviado el entusiasmo, como si este hubiere formado parte de la sangre que perdió cuando lo hirieron en las selvas del Mekong. Allá había dejado el entusiasmo y hasta las ganas de volver a Filadelfia. Sus padres escribían siempre: "Billy, dear, cuando vuelvas harás esto, harás lo otro." En las cartas escuchaba la voz ronca del profesor Jones y la aguda y a veces chillona de su madre. Sí, al principio escuchaba y distinguía sus voces, pero luego comenzaba a no diferenciarlas y después dejó de oírlas. Entonces las cartas eran solamente los caracteres —gruesos unos, más delicados los otros— de unos señores Jones que tenían un hijo en Indochina. "Cuando vuelvas...". Las palabras habían acabado por serle indiferentes. Volver ¿para qué? ¿Para oír al viejo Jones y a su madre hablar por teléfono con la tía Margaret —hermana única de su madre— y congratularse porque el buen Billy había regresado con una o dos medallas y hecho todo un hombre? *Oh, my God!* Tal vez hubiera sido preferible haber quedado en un arrozal de Vietnam, como tantos que habían caído a la orilla de los caminos o en una trampa de bambú, el cuerpo atravesado por lanzas agudísimas, o bien haber volado con un convoy de municiones en las rutas de la cordillera anamita. Tal vez hubiera sido preferible eso, *my God!*

Tal vez él tuviera razón, pensé. Pero aunque tuviera toda la razón del mundo, ¿qué demonios hacía yo allí? Ya era de noche, no había cenado y encima seguía bebiendo con un gringo que por muy aspirante a escritor que hubiese sido, no dejaba de ser un gringo. El sonido de la lluvia me recordó que por el momento no podía salir. Ahora llovía con menos fuerza, pero el agua acumulada en las calles entorpecía el tránsito y los conductores atronaban el aire con las bocinas. Me levanté y fui al teléfono. Había quedado en ver a una amiga para ir al cine. CANCELÉ la cita y le dije que iríamos el día siguiente porque la lluvia no daba muestras de cesar. Estuvo de acuerdo, dijo algunas indirectas porque en la voz comenzaba a notármese que había tomado más de una copa y me pidió que me cuidara.

Cuando volví a la mesa, Billy no estaba. Bebí un sorbo y presté atención a los ruidos de la calle. Cuando era chico podía identificar por el sonido de la bocina la marca de un auto. Ahora inconscientemente intenté hacerlo, pero no pude. Los modelos habían cambiado mucho. No obstante, diferencié de la algarabía a un viejo Ford del 49. Estaba seguro de que no podía ser de otro año ni de otra marca; ese sonido poderoso y penetrante sólo era capaz de producirlo el Ford 49. De eso estaba completamente seguro. Si alguien hubiera dudado de mi afirmación, habría sido capaz de apostar la vida en mi favor. Estaba tan seguro de que era un Ford 49 como de que estaba en el Moroco y toma-

ba el vaso mientras Billy salía del servicio y caminaba hacia la mesa. Bebí y dejé que la ginebra bajara lentamente, degustándola, inundándome el paladar con la quina y el zumo de limón. Nadie sabía cómo lograba Charlie que cualquier bebida preparada por él le supiera a uno como la mejor del mundo. Guifí un ojo y levanté el vaso hacia Charlie mientras Billy se sentaba.

—Ahora sí quisiera comer algo —dijo—. Pero no salchichas o sardinas; algo más fuerte.

Llamé a Charlie y le pedí que trajeran un bistec del restaurante contiguo, o una sopa de wanton, si Billy no quería carne. Billy prefirió la sopa y mientras el barman iba hacia la ventanilla que comunicaba al bar con el restaurante, terminó su copa. Hizo a un lado el vaso vacío y dijo que se sentía menos intranquilo. Yo, *my God!*, era un buen amigo y haber conversado conmigo había mejorado su ánimo. Tuve ganas de decirle que apenas dejara de llover me iría, pero pensé que no era necesario; cuando llegara el momento simplemente me levantaría y *good luck, my friend*. Si Billy era de esos borrachos majaderos que abominan quedarse solos, peor para él. Ya había escuchado buena parte de su historia y no tenía por qué oír el resto. Bueno, y si se ponía muy pesado . . . Charlie me cortó al traer la sopa humeante, en cuya superficie flotaban trozos de jamón ahumado y cebollina picada. Charlie volvió a la ventanilla y trajo sal, pimienta y una botellita con salsa china.

Billy usó pimienta y salsa y el aroma tibio despertó mi apetito.

—Trae otra sopa, Charlie —dije mientras preparaba el *gin and tonic* de Billy detrás de la barra.

Billy sorbía el caldo humeante y aparté la vista para no torturarme viéndolo enrollar los fideos con el tenedor. Sobre todo en días de parranda, me gustaba mucho la sopa de wanton. Un amigo prefería la de pato, pero a mí, quizá porque recordaba las costumbres de los patos o porque había querido extraordinariamente a un pato de plumas negras, tornasoladas y blancas, uno como no había otro entre las docenas que tenía la abuela, capaz de bucear granos de maíz en un metro de agua, de volar hasta la casa de tío Isidoro sobre mil quinientos metros de rastrojos, de poner en fuga al gallo de la casa, de comer en mi mano y acariciarme con su cuello flexible, como si con sus caricias y su ceceo agradeciera el maíz; tal vez en memoria de ese animal, que una mañana de septiembre voló hacia el sur, hacia el mar lejano, y no volvió, rehusaba comer pato. O quizá fuera simplemente porque la carne de pato es más dura e insípida que la de gallina. En verdad, no lo sabía.

En cambio, el wanton despertaba en mí sugerencias indefinibles, ansias inexplicables. Como casi siempre tomaba la sopa estando bebido, mi fantasía excitada por el alcohol me trasladaba a Hong Kong o a Shangai o a cualquier punto de la China remota. Me veía allá en un atardecer de arreboles intensos, en compañía de ancia-

nos venerables que evocaban el pasado milenario de su pueblo mientras sus voces traslucían una sabiduría plácida, fatigosamente acumulada. Yo era un viajero como los personajes de Conrad, una especie de fugitivo de mí mismo, deseoso de paz y sosiego interior, que visitaba los templos budistas con el secreto anhelo de encontrar en alguno de ellos cura a mis aflicciones. O si no, era alguien como Malraux. En el crepúsculo chino fraguaba, siempre con los ancianos venerables y agregándoles dos o tres aventuras de origen y propósitos dudosos, empresas y sueños magnos, en los cuales tenían pareja cabida la historia y las alucinaciones. Y mientras los arreboles se diluían lentamente en la sombra del cielo de China, junto al mar o sobre las montañas, yo terminaba la sopa de wanton, la lengua ardida por la pimienta, entre gritos de borrachos y vuelos de moscas, en un humilde restaurante chino de Calidonia.

Más tarde, sin embargo, ya la sopa no me hacía pensar en la China lejana, en ese pueblo velado por milenios de historia y noticias confusas, sino en los inmigrantes que habían venido de su tierra apacible a trabajar como peones en la construcción del Canal. Esos miles de chinos que habían muerto de fiebre amarilla o de nostalgia, entre 1904 y 1915, eran parte de nosotros. Los que habían venido después, a establecerse como comerciantes, eran extranjeros, indeseables en muchos casos, pero los muertos en las obras del Canal o en delirios atroces, eran nuestros. No

había diferencia entre ellos y los negros antillanos, los campesinos chiricanos, los aventureros europeos y africanos que habían sucumbido al trabajo o a las plagas; todos habían sido indiscriminadamente asimilados por el sufrimiento y la muerte a la tierra nuestra. Dentro de nosotros, como parte íntima y esencial de cada uno, estaba mezclada la sangre de todos esos muertos. Así, en cierto modo, éramos privilegiados porque éramos carne y penuria de muchos pueblos. Eso pensaba algunas madrugadas.

Charlie trajo la sopa y aspiré con fuerza el aroma que despedía. Billy estaba a punto de terminar la suya. Afuera seguía la lluvia, pero menos intensa. En ese momento entró un hombre chorreando agua y pasó directamente al servicio. Después puso música y pidió bebida. Charlie le sirvió en la barra y, tras de haber probado su trago, el hombre caminó hacia las mesas del fondo. Terminé de comer y nuevamente me sentí alegre. Ahora ya no tenía ganas de abandonar a Billy, sino de tomar otra ginebra y seguir allí, en la atmósfera tibia del Moroco, a cubierto de la humedad y la lluvia. Encendí un cigarrillo. Billy también fumaba y en su mirada, poco antes opaca o afligida, había de nuevo un brillo nuevo, como si se hubiera restablecido de una dolencia fugaz. Levantó el vaso y sonrió. Su gesto me hizo pensar en lo que me había contado de Nueva York. Era una lástima que un muchacho como él no hubiera podido convertirse en escritor. Sí, era lamentable porque

parecía buena gente. Por lo menos daba la impresión de no ser igual a los otros. En todo caso, ya yo estaba casi convencido de que Billy era mucho más humano, muchísimo menos odioso que los "zonians".

Fragmento de una carta enviada por un estudiante panameño a un amigo español.

"Como te decía, difícilmente podrias encontrar gente como esa en cualquier parte del mundo —salvo, tal vez, en Rhodesia o Alabama—. A propósito, ¿conoces el poema de Nicolás Guillén que dice eso de «un sur todo sur y todo Faubus»? Bueno, estos «zonians» venidos de esa región, contaminados en cuerpo y alma por un racismo de siglos, son algo así como el detritus de la sociedad norteamericana. No hallo un calificativo más apropiado. En verdad, pienso que te bastaría mirarlos para empezar a conocerlos... Habitan casas con aire acondicionado, tienen clubes sociales y deportivos, cines, campos de golf, prados mantenidos como alfombras por trabajadores negros y mestizos, calles pulcras; tienen todo lo que nunca tuvieron ni soñaron tener en los pueblos algodoneros donde vivían. Luego pareciera que tanta comodidad acrecentara su soberbia y los volviera aún más discriminadores. Pues debo decirte que para ellos es inferior quienquiera que no sea *U.S. citizen*. Si vinieras, podrias verlos en Balboa Heights, en Gamboa, en Fort Clayton, por la mañana o por la tarde, paseando satisfechos como iguanas al sol. Van por las calles luminosas, bajo las palmeras o los árboles, con insolencia de antiguos plantadores. El cielo

ESTACION DE NAVEGANTES

de verano, las palmas, el mar, la tierra, todo es suyo. En sus mentes sobrevive ese sur de teas encendidas por las noches de los ghettos negros, los encapuchados del Ku-Klux-Klan, el rencor de los esclavistas que galopa por los algodones de Georgia y Mississippi. Tengo la impresión —y algunos comparten mi punto de vista— de que en la Zona del Canal subsiste, ansía permanecer el espíritu vencido en Gettysburg. (Perdona si te parece que exagero, pero así es.) Ese espíritu sureño puedes percibirlo en los pasos lentos del capataz que va de un lado a otro mascando tabaco, en su mirada cuando se dirige a los obreros; también es visible en la ingenuidad hipócrita de las señoras que piden *banana-split* a las tres de la tarde, antes de entrar al cine de Balboa, y en muchas otras cosas. El viejo sur está allí. Y además está el fantasma de aquel coronel de caballería que estuvo con su caballo en Cuba, en la loma de San Juan, en el alto cielo del Caribe, cuando el siglo aún no comenzaba. (¿Te gustó la frase? Es de un historiador.) Todo eso podrías verlo si vinieras por acá. Teddy Roosevelt, el presidente del *Big Stick*, está allí como una sombra frente a nuestros ojos. *I took Panama* dijo una mañana a sus amigos de Wall Street. Eso dijo y otros lo imitaron con orgullo en Nicaragua, México, Haití, Dominicana y Guatemala. Es toda una historia. Sin embargo, aquí, como en todas partes, la gente no tiene memoria. En fin, para no cansarte, si pudieras venir en septiembre, como dices, verías muchas cosas. No creas que exagero.”

Sí, no podía equivocarme, este Billy que miraba ascender el humo de su cigarrillo en la tenue claridad del Moroco era distinto a esos paisanos suyos; estaba seguro de que no pertenecía, aunque fuera

de la misma nacionalidad, a esa gente despreciable. Bebí lentamente y encendí otro cigarrillo. Ahora tenía ganas de escuchar el resto de su historia.

Billy había logrado sobreponerse a su abatimiento o lo que fuese y de nuevo parecía en condiciones de beber y conversar como al principio. Seguramente, pensé, el hambre le había enturbiado el ánimo como a mí, al punto de haber estado tentado a irme. Ahora me alegraba de no haber cedido al impulso de esa incomodidad pasajera porque Billy estaba dándome una imagen inédita de los gringos, o si no de los gringos, sí suya, y, sea como fuese, él era gringo y algo debía tener en común con los demás. De manera que conocerlo a él sería, en cierto modo, tener un vislumbre de muchos otros. Por eso me interesaba descubrir en qué medida podía ser él encarnación de una actitud, de una conducta colectiva; en qué medida representaba a la juventud o a un sector de la juventud norteamericana. Eso me importaba por la situación singular en que vivimos y hemos vivido; por eso creía conveniente conocer un poco más de quienes privada y públicamente son nuestros enemigos. Ahora, por lo que me había dicho y dejado entrever, podía pensar que ya Billy no era enemigo nuestro. Objetivamente, en lo externo, seguía siéndolo, pero subjetiva y éticamente había dejado de serlo. Claro, él mismo no lo sabía, aún su actitud no era un estado de conciencia, sino un simple reflejo, una instintiva reacción de rechazo, un descontento primario,

semejante al del niño que exterioriza su disconformidad porque no le permiten ir al circo o jugar bajo la lluvia. Eso era lo que Billy había mostrado hasta el momento; sin embargo, presumía que en su interior guardaba algo más. El había vuelto a contemplar la mujer tendida bajo el árbol, pero era evidente que su atención no estaba puesta en el cuadro sino en sus recuerdos. Bebí lentamente mientras lo observaba.

—Así que no quieres volver a Filadelfia —dije después de un rato.

No respondió de inmediato. Miraba el vaso y lo agitaba suavemente.

—No —dijo al fin—. No quiero volver a Filadelfia ni a ningún lado. No quiero ir a ninguna parte.

Me pareció percibir en su voz, no en el sentido de sus palabras, sino en el tono, un cansancio espiritual intenso, una fatiga metafísica muy honda. Tal vez más que fatiga era pesadumbre. Sí, pesadumbre era lo que afloraba en lo que decía; una pesadumbre sedimentada o arraigada en los huesos, en la sangre, en cada uno de sus actos. Sí, pensé —fue una conclusión súbita y espontánea— a los veinticuatro años Billy ya era un hombre aniquilado. Su apariencia era y seguiría siendo por mucho tiempo la de un joven —uno de esos millones de jóvenes sonrosados que habitan las ciudades y los pueblos estadounidenses— pero su voluntad estaba marchita.

Ahora la lluvia había cesado casi por completo y otros clientes entraban al Mo-

roco. El silencio anterior había sido desplazado por las risas y las voces. Cerca de donde estábamos, dos hombres hablaban de carreras de caballos. Uno afirmaba que *Little Blue* ganaría fácilmente la prueba estelar del día siguiente; el otro aseguraba, se lo habían dicho, no podía fallar, que *Princesa* sería la vencedora. Ambos esgrimían cifras, marcas, pedigree, exaltaban la habilidad de los respectivos jinetes. En otra mesa, un hombre bebía cerveza con expresión ausente. Parecía ajeno a todo, aunque de vez en cuando prestaba atención al diálogo hípico.

Billy había vuelto a guardar silencio y nuestros vasos estaban casi vacíos. Con un gesto le pedí a Charlie otra ronda. Comenzaba a sentirme eufórico y ya no sentía ningún malestar por la presencia de Billy. En realidad, empezaba a experimentar esa sensación que nos hace todo agradable y hermoso. Afuera se oía el ruido de los automóviles, el sonido de las llantas en el pavimento mojado, pero era un rumor apacible, sin el escándalo de las bocinas. La luz lechosa del atardecer había cedido su lugar a los colores indirectos del Moroco y la camisa blanca de Charlie adquiría tonos violeta en los espejos que había detrás de la barra. Charlie trajo las bebidas y se llevó los vasos vacíos. Bebimos y Billy pareció dispuesto a reanudar su relato. Encendí un cigarrillo y me apresté a escucharlo. Sin embargo, luego de una pausa dijo que por el momento no tenía ganas de seguir contándome sus cosas; era preferible que yo hablara de lo

ESTACION DE NAVEGANTES

mío o que abordáramos otro tema. Comprendí que debía resultarle molesto remover con tanta insistencia sus recuerdos y sugerí que termináramos las copas y nos fuéramos a otro sitio. Si quería, podíamos ir al Villamor o a La Gruta Azul; eran establecimientos de mujeres y uno podía beber allí y subir con una o simplemente beber.

—Bueno —dijo—, terminemos. Después vemos qué se hace.

Seguidamente fue hasta el jukebox y puso música. Regresó a la mesa bailando y con una expresión sonriente. No obstante, al observarlo detenidamente creí notar que su sonrisa era forzada; debajo o detrás de ésta estaba su auténtica expresión: esa pátina de tristeza o de hastío que lo recubría como una segunda piel. Después llegó más gente al bar, incluidas algunas mujeres; entre éstas, una conocida que se acercó a saludarme. Era una mulata sensual, de paso ondulante, con la cual había pasado la noche algunas veces y de quien guardaba un buen recuerdo porque era frenética en el amor y lo envolvía a uno en un torbellino en la cama. Presenté a Billy y la invité a sentarse con nosotros, pero rehusó. Andaba con el grupo de amigos que en ese momento se instalaba en una de las mesas del fondo. Luego preguntó qué me había hecho, hacía tiempo que no me veía, ¿acaso la esquivaba o le tenía miedo? Dijo esto con una sonrisa picaresca y se alejó contoneándose.

Billy tomó un trago y dijo que iba

al servicio. También me levanté y fui a poner música. Una de las que andaban con mi amiga comenzó a bailar con uno de sus acompañantes. Era una negra preciosa. Observé de reojo el movimiento de sus caderas, que semejaban envolver al hombre con una red invisible mientras éste se debatía como un pez atrapado. Marqué una canción que un año antes había escuchado durante toda una noche en compañía de la mulata. Estaba casi seguro de que cuando ella la oyera recordaría. Quizá fuera esa la mejor noche que habíamos pasado juntos. Nos encontramos a las nueve en un restaurante, estuvimos en un bar hasta la madrugada y luego, al contrario de otras veces, decidimos no ir a un hotel o a su casa, sino irnos al mar, a una playa solitaria, y en Veracruz vimos el amanecer acostados en la arena, con las olas mojándonos los pies. Junto al jukebox, en tanto esperaba que comenzara la canción compartida aquella noche, recordé cómo la claridad del alba contrastaba nuestros cuerpos desnudos, cómo sus senos tenían el mismo color azul-dorado de los arrecifes que el día naciente perfilaba en torno nuestro. Allí estuvimos hasta que el sol asomó sobre las aguas del golfo y fueron visibles los lejanos cerros del este y las colinas de la Zona del Canal. Después, mientras nos vestíamos, había momentáneamente deseado no regresar a la ciudad, sino perderme con la mujer en una cualquiera de esas islas azulosas que la mañana descubría en el horizonte. Comenzó la canción y ella se puso a bailar con

ESTACION DE NAVEGANTES

uno de sus amigos. Al encontrarse nuestras miradas, me hizo un guiño; sonreí y correspondí con un gesto de la mano. Luego regresé a la mesa, Billy volvía en ese momento del servicio.

Afuera ya no llovía y la noche despejada y fresca comenzaba a poblarse de caminantes. Río Abajo, el barrio de los bares, iniciaba su ritmo oscuro, esa onda cálida que aproxima y confunde pieles blancas y negras, sudores ácidos, perfumes, delirios provocados por las drogas, cuchilladas y caricias. Río Abajo empezaba a vivir de nuevo en el aire del mar y los gemidos. En la sombra tropical, las canciones fluían de los bares al aire lavado por la lluvia y entraban en las casas y penetraban en los cuerpos de quienes salían a las calles todavía mojadas.

Billy volvió a sentarse, tomó su vaso y sonrió mientras se acomodaba.

—¿Qué hay? —dijo.

—Nada —respondí—. Nada.

Frente a nosotros, en la pared, indiferente a las voces cada vez más altas de los clientes, la muchacha del árbol parecía sonreírnos, como si Billy y yo fuésemos viejos conocidos suyos o supiéramos su secreto.

CRONICA

1501

Viento del noreste. Las naves bogan con todo su velamen desplegado. Es el amanecer y el agua espejea con tonalidades azules y verdosas. Desde la cofa del bajel de Bastidas, el vigía vislumbra el perfil sinuoso de una cota y da el alerta:

¡TIERRA A BABOR!

En la línea oscura de vegetaciones y arrecifes, todo aparece hermoso y amable y pluga a Dios que no haya naturales de ánimo belicoso. Se envía una chalupa a explorar el paraje y quienes han ido en ella hablan maravillas cuando regresan: tierra fértil, agua abundante, gente pacífica. Bastidas registra el suceso en su libro de bitácora y Panamá se convierte en otro hito del dilatado itinerario de los descubrimientos y la conquista.

Mi tío y yo llegamos al Canal en la madrugada. Aún no había puente y debimos esperar casi una hora en la orilla, hasta que se hubo reunido una cantidad suficiente de vehículos, para cruzar en el ferry Roosevelt. Mientras duró la espera, yo miraba asombrado los faros giratorios (la línea de luz se perdía en todas las direcciones como un grito sin eco), las luces de los barcos fondeados mar afuera y estaba atento a los mil ruidos de sirenas y máquinas que horadaban la noche infatigablemente; después me entretuve en la contemplación del ferry que cruzaba cargado de automóviles las aguas revueltas, con reflejos aceitosos y basuras en la superficie.

Pese a la fatiga de once horas de viaje (era un camión de carga y traía ciento ochenta quintales de arroz, José Santos, el conductor, era amigo de mi tío) por una carretera en gran parte de piedra, no sentía sueño en ese momento. Además, aunque hubiera tenido sueño, no me habría

perdido la travesía. Hasta ese instante, el "Canal" había sido una palabra, una imagen confusa y remota que la maestra relacionaba con Lesseps, Bunau Varilla, Amador Guerrero y el cubano Finlay descubridor de la vacuna contra la fiebre amarilla; pero ahora era una extensión de agua iluminada, era ese barco enorme que iba a entrar en las esclusas de Miraflores, era la sirena del remolcador que se alejaba de los muelles entre resoplidos de motores y rechinar de cables.

La maestra había dicho muchas cosas (el fracaso de los franceses, los millones de dólares invertidos por los norteamericanos en la apertura de la vía, los beneficios que ésta aportaba a la navegación mundial), sin embargo, no había mencionado el penetrante olor a petróleo, los faros, las naves que esperaban más allá de las boyas luminosas; la existencia de todo eso la estaba descubriendo ahora con asombro. Me sentí deslumbrado, diminuto ante tanto prodigio, pero intensamente feliz. ¡El Canal, el Canal! Era maravilloso que por fin hubiera podido ver tantas cosas. Realmente los gringos eran la gente más inteligente del mundo. Pensé en las palabras del viejo Brown cuando bajaba de su cabaña de los cerros de Palmira y en la tienda del pueblo hablaba a los hombres de sus experiencias y de sus heridas en la guerra del 14. Ni los franceses ni los ingleses pueden compararse con nosotros, decía a menudo. Somos un gran país, un grande y poderoso país. Ahora sentía que era verdad; tenía que ser verdad. Emocio-

ESTACION DE NAVEGANTES

nado, le hice prometer a mi tío que un día me llevaría a conocer todo el Canal.

Atracamos en la otra orilla y José Santos condujo el camión a través de Balboa, por calles a esa hora desiertas, limpias y bordeadas de césped y palmeras. Las casas eran blancas o grises, con techos verdes, y había luz por todas partes.

—Aquí viven los gringos —dijo mi tío—. Esto es Balboa.

Mientras miraba todo con ojos febriles, oí de nuevo la voz dulce de la maestra. "Balboa es la ciudad portuaria del Pacífico. Allí están las oficinas de la Compañía del Canal y el gobernador del territorio de la Zona del Canal. Es una ciudad pequeña, pero cuenta con todas las comodidades modernas. En la costa atlántica está Cristóbal; es la otra terminal."

La maestra recorría el salón en tanto hablaba y yo seguía sus movimientos, su figura esbelta, su rostro tranquilo y sonrosado por el aire matutino. A veces se detenía de espaldas a la ventana y en la distancia aparecía el volcán, y los naranjos florecidos en el terreno contiguo a la escuela. Ninguno de los treinta y seis alumnos de ambos sexos que la escuchábamos había estado en Panamá ni había visto el Canal. Ella sí lo conocía. Había visto los barcos atravesando las esclusas y las mulas eléctricas que los remolcaban a través de éstas. Tal vez por eso, en la mañana celeste y luminosa, su voz tenía resonancias marinas y me hacía pensar que ella no sólo era la maestra más bonita del pueblo sino también la más sabia.

Ahora frente a nosotros estaba el cerro Ancón, oscuro en las faldas, con luces rojas y blancas en la cima. El camión ascendía despacio por una ligera cuesta y al terminar ésta apareció súbitamente, como un destello múltiple brotado de la sombra, la ciudad de Panamá.

—¿Qué te parece? —preguntó mi tío.

No respondí nada. Me mantuvo mucho la emoción de ver por primera vez esa ciudad de la que tantas cosas había oído. José Santos detuvo el camión ante una garita que había en el límite de la Zona, dijo algo en inglés, el policía hizo un gesto con la mano y reanudamos la marcha. Mi tío señaló en dirección al otro lado de la ciudad.

—Por allá queda el aeropuerto donde trabajo —dijo.

Viejas casas de madera oscura bordeaban las calles por las que pasábamos y en una esquina un bar seguía abierto, con foquitos verdes y rojos en la puerta, por la cual salían voces ebrias y la música de un porro. Era el barrio del Chorrillo. Algunos hombres caminaban por las aceras y un auto de policía avanzaba despacio, en sentido contrario al nuestro. Yo seguía mirándolo todo con asombro y todo me parecía maravilloso, hasta esas casas de techos oxidados y paredes desconchadas, en las cuales, como sabría después, se hacinaban grandes y pequeñas miserias.

Mi tío y José Santos respondían con acento fatigado a mis preguntas y casi había amanecido cuando el camión se detuvo en una calle próxima al mercado pú-

blico. Fuimos a desayunar a un restaurante cercano, dentro del cual el olor de la comida se mezclaba con el del mar, y José Santos pidió a gritos café para los camioneros. Puse en el suelo mi pequeña maleta asegurada con cordeles y cuando el mesero vino a preguntarme qué quería, tuve la sensación de que era yo quien había desafiado los peligros de la carretera al volante del camión de carga, y sentí que estaba en la capital del mundo.

This is Panama
Welcome
 Bienvenido
 a Panamá

Al salir del restaurante, nos despedimos de José Santos y abordamos un bus pequeño, como yo no había visto ninguno hasta entonces, pues los que comunicaban el pueblo con la capital de la provincia eran grandes y ruidosos; éstos, en cambio, eran del tamaño de un *pickup* y no hacían más bulla que un automóvil corriente. El que tomamos estaba prácticamente vacío; sólo un hombre dormitaba en uno de los asientos del fondo. Nosotros ocupamos el primero de la izquierda, inmediatamente detrás del chofer. Mi tío le ofreció un cigarrillo a éste y se pusieron a conversar de la próxima llegada de Bienvenido Granda, quien amenizaría los carnavales en un toldo popular y en un cabaret de lujo. Precisamente en ese momento en el radio del

bus comenzó a oírse el último *hit* del cantante cubano:

*Hoy sé más que ayer
qué diferencia.
La vida me ha enseñado
a distinguir.
He visto la verdad
me ha dicho tanto
que ya ningún amor
me hará sufrir.*

—¡Qué bárbaro! —dijo el chofer—. Nadie canta como ese tipo.

—Benny Moré —repuso mi tío—. Es lo mejor.

—No, hermano, son distintos. En boleros no hay nadie como el "bigote melódico". Es un bárbaro.

Mi tío y el chofer llevaban el ritmo con las manos y los pies. Sin embargo, yo apenas mostraba interés porque no sabía nada de Granda, ni de Moré, ni de boleros, ni de carnavales. Ni siquiera había podido ver nunca los carnavales en el pueblo; sólo había oído por las noches, traída por la brisa del volcán y amplificadada por altavoces, la música de los bailes y la voz del animador y los gritos de algunos borrachos que iban hasta el micrófono para enviar saludos y mensajes a sus familiares y conocidos, estuvieran o no en el baile.

Mi tío y el chofer seguían hablando (ahora de beisbol —Dimaggio, Williams, Avila, Dodgers, Yanquis—; había termi-

nado la canción de Bienvenido Granda y una composición de Luis Arcaraz fluía mansamente) y yo comencé a adormecerme. Acomodé la maleta bajo el asiento, la sujeté con las piernas, recosté la cabeza en la ventanilla y dejé que las imágenes fugaces de las calles dormidas se perdieran en la música.

Mi tío me sacudió el brazo y desperté confuso. Estábamos cerca de un edificio grande y muy iluminado. Prácticamente ocupaba el frente de una manzana y junto a él había muchos automóviles estacionados. Después sabría que era un supermercado, pero ahora, para mis ojos nublados por el sueño, sólo era una construcción extraña, con grandes rejas cerradas que le daban apariencia de cárcel.

Bajamos del bus, cruzamos la avenida y caminamos por una calle mal pavimentada, con casas aquí y allá y montecillos y almendros espaciados. De la avenida a la casa de mi tío sólo había tres cuabras, sin embargo mi fatiga las multiplicaba y me pareció que había caminado veinte cuando finalmente dejé la maleta en el suelo mientras él abría la puerta del departamento. Entramos y dijo que me acostara en una camita que había cerca de la suya. (Su mujer, mi tía, hermana de mi madre, se había quedado en el pueblo a pasar unos días más con los abuelos. Yo había venido a terminar la escuela en la capital.) Horas después, al mediodía, me despertaron los ruidos y las voces de los vecinos.

En la casa, de madera y bastante vie-

ja, vivía mucha gente. Algunos de los inquilinos eran de origen jamaicano y trabajaban en la Zona del Canal. Casi todos los vecinos conocían a mi tío y cuando regresamos de comer (en la casa no había nada para cocinar) varios lo saludaron y preguntaron cuándo regresaría mi tía y cosas por el estilo. También quisieron saber quién era yo y Jenny, una jamaicana delgada y alta, hizo bromas sobre mi paternidad, atribuyéndosela a mi tío sinvergüenza, velo vé, que había mantenido oculto a ese hijo tanto tiempo.

Mi tío salió a arreglar asuntos de su trabajo y yo anduve dando vueltas por la casa y los alrededores. Esa tarde vi por primera vez a Lupo, a Jimmy y a Marta, que salía de su cuarto, situado en la planta alta, vestida de verde, con su pelo negrísimo suelto en la espalda. Recuerdo que pasó a mi lado sin verme (yo estaba en la escalera) dejando una estela de perfume y provocándome una sensación extraña en todo el cuerpo. Me pareció la mujer más bonita que hubiera visto hasta entonces, o tal vez no lo fuera, pero sí era la que sabía parecer más bonita.

Eso pensaba cuando ya la había perdido de vista y Lupo

(el buen Lupo que trabajaba como timonel de remolcadores en el Canal y tenía un cuarto para él solo en esa casa aunque al otro lado de la calle su madre poseía un chalet y él pasaba la mayor parte del tiempo con ella, el buen Lupo que no tenía hijos ni se había casado porque su novia huyó la

ESTACION DE NAVEGANTES

víspera de la boda con un soldado puertorriqueño,
el buen Lupo que sería mi amigo y llegaría a pagarme dos dólares semanales para que durmiera en su cuarto y se lo cuidara mientras él trabajaba, el buen Lupo que algunas veces me traería chocolates y galletas por la mañana cuando llegara del Canal y del mar con los ojos enrojecidos por el sueño y quien le diría en una ocasión a mi tío que yo debía ser hijo suyo (de Lupo) porque era el chico más honrado y despierto que había conocido en su vida,
el buen Lupo que me ofreciera su cuarto —es tuyo, dijo, es tuyo; úsalo cuando quieras, pero no me rompas nada— para que llevara allí alguna novia)

se acercó a preguntarme en qué pensaba y si me gustaba la ciudad.

Eran casi las seis de la tarde y la luz muriente del verano doraba las palmeras y los árboles cercanos y parecía apagar los ruidos. En un mango próximo cantaba un pájaro; a lo lejos, en la avenida donde habíamos bajado del bus, pasaban automóviles y de vez en cuando uno sonaba la bocina. Percibí todo eso mientras Lupo encendía un cigarrillo y esperaba mi respuesta.

—Sí, me gusta la capital —dije finalmente—, aunque todavía no la conozco.

Lupo aspiró dos o tres veces el cigarrillo en tanto me escrutaba. Me pasó la mano por la cabeza y dijo sonriente:

—Bueno, ya nos veremos —y caminó hacia su cuarto.

Lo vi alejarse y, aún vagamente inquieto por la extraña sensación que me había producido la presencia de Marta, me puse a pensar en los abuelos y en lo distinta que seguramente iba a ser mi vida en la ciudad. Seguí en la escalera hasta que se encendieron las luces de la casa y en el exterior la noche ensombreció por completo los ruidos y los árboles.

Los ruidos y la claridad del día entran a través de las persianas y me despiertan. Siento la cabeza pesada y la boca seca. Me levanto mareado, vagamente dolorido, y abro la ventana. El golpe de luz me cierra los ojos y parpadeo varias veces hasta acostumbrarme. Es un día azul y luminoso que no recuerda en nada a la lluviosa tarde anterior; es otro de esos hermosos domingos que aun en invierno compensan las fatigas de la semana. Voy al baño y permanezco largo rato bajo la regadera —flexiones de piernas, de brazos, de cintura, el cráneo estalla, fricciones en los ojos—, luego me tomo dos alkaseltzer y un vaso de leche. Después saco una cerveza de la refrigeradora y recojo el periódico que un muchacho deja cada mañana junto a la puerta. Con el diario y la cerveza regreso a la cama y busco la sección cultural para ver a quién le han publicado cuentos o poemas. Ojalá no sea a... pero, claro, allí están, tenían que estar, los infaltables poemas pseudoeróti-

cos de esa señorita frustrada que intenta convertir en versos sus ansias reprimidas. La conozco, la he visto en la universidad o en actos culturales, siempre ansiosa de conocer gente, conversar y hacerse simpática, siempre obsesionada por asuntos y libros vinculados al sexo. Su pequeño espíritu debe ser un sexo abierto, he pensado alguna vez; lástima para ella que su apariencia no corresponda a ese frenesí. Gruesa, pequeña, de piernas arqueadas y velludas, las manos recargadas de sortijas, uno la ve siempre (sola y soltera a lo largo de los años) en los recitales y en las exposiciones, donde en cada cuadro descubre falos, senos ofreciéndose, cuerpos contorsionados, poses lúbricas y complejas asociaciones freudianas. Bebo un trago de cerveza, dejo la botella en el buró y recuerdo la broma que un estudiante le hizo en cierta ocasión a la poetisa.

Un pintor ecuatoriano o argentino, sudamericano en todo caso, exponía en el paraninfo de la universidad. A la exposición asistía mucha gente, incluido el embajador de la patria del artista. El público recorría la muestra, comentaba, bebía y rápidamente se olvidaba de la pintura expuesta, como es usual. Yo estaba con un grupo de estudiantes cuando ella llegó, toda de negro.

—Miren quién está ahí —dijo alguien.

Estaba frente a un cuadro y uno de los estudiantes nos hizo un guiño y se acercó a ella. Varios lo seguimos a distancia. El cuadro mostraba dos cebollas recién cosechadas, todavía con raicillas y recubier-

tas de tierra. La poetisa observaba atentamente, embebida por completo en la contemplación, cuando el estudiante se paró a su lado y le preguntó, sin mediar saludo:

—Oiga, ¿cómo le parece que han pintado esos testículos?

No reprimimos la carcajada. La poetisa adquirió un color terroso, nos fulminó con la mirada y se alejó hacia donde estaba el pintor.

Mientras leo sus versos —iguales a los del domingo pasado y a los de hace un año— me pregunto ¿por qué, en lugar de escribir esos poemas sin vida, sólo a base de deseos insatisfechos, no se busca un hombre que le dé una visión más real y humana de la existencia? Su literatura, pretendidamente realista, tiene escasa realidad. ¿Acaso no se da cuenta? Y el responsable de la sección cultural del periódico, ¿no advierte la impostura, no comprende que todo eso no es más que una tomadura de pelo?

Me desentiendo de los poemas, bebo un trago de cerveza y presto atención a un artículo sobre una novela. El articulista muerde rabiosamente, con furor inexplicable, a la obra famosa. De inmoral, sucia y pornográfica califica a la mejor novela de la lengua española en muchos años. El sujeto se regodea en su delirio antropofágico. Me pregunto de dónde hemos sacado esa inclinación al canibalismo. Basta ir a una reunión cualquiera equipado con gafas para rayos infrarrojos: inmediatamente uno puede ver cómo a ciertos indi-

viduos les son arrancados trozos de carne y de honra hasta dejarlos en el puro hueso. Uno se asombra de ver a señoras de maneras delicadas y mirada inocente convertirse en auténticas hienas y arrojarse con las fauces abiertas, en compañía de congéneres de ambos sexos, sobre los despojos —léase ausencia, triunfo, tropiezo, para el caso es lo mismo— de un poeta, actor o político que ha tenido la mala fortuna de ser nombrado. Incluso no es improbable que quien menciona a una persona determinada lo haga con la benévola intención de ofrecer un banquete a los amigos. Es verdaderamente atroz.

Hastiado, aún doliéndome la cabeza, dejo a un lado la sección cultural para no irritarme más con el veneno del articulista,

SECCION INFORMATIVA

TAK TAK TAK TAK TAK

(¿Por qué el sonido de los teletipos se asemeja al del corazón humano? Los teletipos revelan el pulso del mundo. En la noche, cuando todos duermen, ese tak tak indica que en otras partes la vida sigue su curso. Aunque haya terremotos o guerras o hambre o matrimonios de la nobleza, seguimos dando vueltas y desplazándonos en el espacio a 50 mil kilómetros por segundo).

ESTACION DE NAVEGANTES

TAK TAK ??.,"/.;TAK TAK

3 columnas —abajo

SAIGON.—Con la llegada del monzón se han incrementado los ataques de las fuerzas del Frente Nacional de Liberación, principalmente en las provincias del delta del Mekong y en la denominada región del Triángulo de Hierro.

El alto mando saigonés admitió hoy la pérdida de 36 hombres, dos piezas de artillería y varios vehículos blindados en un choque ocurrido en los alrededores de Kontum, en la altiplanicie central...

4 columnas —arriba

La OEA reitera el criterio de que Cuba continúa siendo una amenaza para la seguridad interamericana, por lo que resulta inconveniente su reingreso a la entidad hemisférica, dijo hoy en Washington el Secretario General de esa organización...

2 columnas —al centro

A partir del 15 de agosto, representantes de la OTAN y del Pacto de Varsovia discutirán en Bruselas los problemas de la seguridad europea y del retiro de tropas de ambas partes...

3 columnas —marco

Un diario de Hong Kong hizo circular hoy la versión de que Mao Tsé Tung sufrió hace dos días un serio accidente en Hanchow. La misma fuente indica la posibilidad de que Chou

DIMAS LIDIO PITY

En-lai suceda al máximo líder chino en la dirección del Partido y del Estado...

1 columna —abajo

Ayer el grupo guerrillero comandado por Tiro Fijo y que opera en la región suroccidental de Colombia tendió una emboscada a una columna del ejército, con saldo de tres soldados muertos y cinco heridos, incluido un oficial...

RADIOFOTO 2 columnas
—centro

Sir Francis Chichester prosigue su viaje solitario alrededor del mundo. La gráfica muestra a su velero, el Gipsy Moth IV, mientras capea un temporal en el Cabo de Hornos. Una fragata de la Royal Navy surca las inmediaciones para auxiliar al intrépido navegante en caso necesario.

3 columnas —arriba

En su conferencia semanal de prensa el presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, afirmó esta mañana que su gobierno siente una auténtica y positiva preocupación por América Latina...

TAK TAK TAK ///.../. TAK

TAK TAK ? & TAK RIO DE JANEIRO '''

TAK TAK TAK

BOMBAY TAK TAK

ESTACION DE NAVEGANTES

RQM'''%...TAK TAK ANULADO ATEN-
CION ANULADO # 283 ANULADO

TAK TAK GRACIAS MRV MRV MRV MRV
MRV MRV MRV MRV MRV MRV

Aquí está el viejo, conflictivo y triste mundo de siempre. Muertes, mentiras, tensiones, luchas y, en el fondo, inextinguible, ese afán de seguir hacia adelante, aunque no estén del todo claros ni el rumbo ni el destino.

La cerveza ha comenzado a disiparme el malestar. Siento cómo —rubia, helada— se disuelve en la sangre y elimina los vapores alcohólicos.

Y la ciudad, ¿qué? ¿No vive, no muere? ¿No hay quién mate, viole, difame, escupa, prevarique, tosa o le miente la madre a su vecino? Por otra parte, seguramente alguien ha sido feliz, así haya sido por un instante, en las últimas doce horas. La prensa debería de dar noticia de cosas mínimas y dulces, de eventos en apariencia sin importancia pero capaces, por su significado íntimo, de cambiar el destino de una persona: la caída de una manzana, el vuelo en formación V de los patos salvajes, el primer sonido emitido por un loro negro en la madrugada, la exclamación hipócrita de ese niño encantador que luego será tirano y demagogo. Cosas así.

REPORTERO: ¿Qué ha ocurrido, señora? ¿Por qué tiene usted esa expresión contenta?

SEÑORA CONTENTA: Porque... ¿cómo ex-

DIMAS LIDIO PITY

plicarle? Bueno, verá. Hoy mi gata Daisy tuvo gatitos. Vive conmigo desde hace cinco años y nunca había tenido. ¿No quiere verlos? Son preciosos. Los más lindos del mundo.

Pero no, la felicidad es tan efímera que no vale la pena hablar de ella. Además, la desgracia y la muerte venden más periódicos. Nadie compra un diario que dice: **AYER NACIERON 100 NIÑOS EN EL PAIS**; en cambio, se agota el que informa: **2 MUERTOS EN UNA RIÑA**. ¡Qué mundo este!

Un hombre y una mujer fueron arrollados por un automóvil en vía España, cerca del hotel El Panamá. El estado de ambos es delicado, se informó en el hospital. El conductor irresponsable permanece detenido a órdenes de la autoridad correspondiente...

La policía zoneíta extrajo hoy temprano de las aguas del Canal, en las inmediaciones del puente de Las Américas, el cuerpo de un joven norteamericano de raza blanca. Se investiga si fue crimen o suicidio. La policía rehusó proporcionar más detalles hasta tanto adelante en las investigaciones...

Termino la cerveza, dejo a un lado el periódico y busco otra. La luz del sol entra por la ventana y caldea la habitación. Afuera, una brisa suave agita el follaje del mango que hay frente a la casa. Todavía con una sensación de pesadez en la cabeza,

ESTACION DE NAVEGANTES

enciendo la radio y vuelvo a recostarme en la cama. Kostelanetz interpreta *Lisboa antigua*. Sigo el ritmo de la melodía con los pies. No tengo ningún plan dominical y me da pereza salir a telefonar a una amiga para invitarla a comer y después ir al cine. Lo mejor, pienso, es llamar al hijo de la portera, mandarlo a conseguir algo para comer aquí y pasarme la tarde leyendo. Ultimamente he comprado varios libros y aún no he podido leer ninguno. Ahí están *El cazador oculto*, *La mujer de la arena*, *Viaje al fin de la noche*, *Demonios*. ¿Cuándo podré mandar al carajo ese trabajo en el ministerio para dedicarme a leer, solamente a leer y, si es posible, alguna vez, escribir algo?

(*Locutor*: Son las once y cincuenta y dos minutos. Dentro de poco ofreceremos a ustedes el sorteo de la lotería. Ahora Billy Vaughn nos deleita con *Estrella de Montana*.)

Escribir algo. En Panamá no hay un solo escritor que lo sea realmente, que pueda dedicar todas sus energías a la literatura. Todos son escritores/periodistas, escritores/profesores, escritores/funcionarios, poetas/comerciantes, poetas/mecánicos y poetas o escritores/nada. ¿Cuándo habrá uno, aunque sea uno, que sea escritor/escritor o poeta/poeta?

(Ahora es Satchmo quien toca *Saint Louis blues*. Elevo el volumen del radio y recuerdo al joven escritor que envió un cuento a un concurso de la

revista *Life* y maldecía el resultado "reaccionario" del certamen. En el café, del cual no salía en todo el día, gritaba que lo habían robado y despojado —mi cuento es social; revolucionario, no jodan— porque habían premiado un relato de un uruguayo desconocido hasta en su casa, y tal vez proimperialista, llamado Juan Carlos Onetti. Quizá pase mucho, mucho tiempo antes de que en Panamá pueda haber verdaderos escritores, y no por culpa de ellos, sino de la realidad, de la sucia y triste vaina en que han convertido este país.)

Voy a buscar otra cerveza y mientras abro la refrigeradora decido que no desperdiciaré el domingo quedándome encerrado. Sería parecerme al burócrata que en su día libre lee el *Reader's Digest* y luego comenta en la oficina ese artículo sobre los cromosomas para que no lo crean inculto.

(*Locutor:* Y ahora, gentil auditorio, tenemos para ustedes el sorteo de la lotería y mientras el ánfora de la fortuna con su cargamento de marfil se agita le recordamos a usted que no hay mejor bebida que el ron Carta Vieja. Tómelo con... 5 es el primer número de este sorteo. Sí, señores, oficialmente... el 5...)

O si no, sería parecerme a esas señoras de Bella Vista o El Cangrejo que durante toda la semana juegan canasta con las amigas, chismorrean, engañan al marido —ejecutivo de empresa, como es de rigor— con el hijo de los... (ese chico tan guapo que estudia Administration Business en Texas, ¿lo conoces? Bueno, ha venido de vacaciones y ¿cómo? ah no, no quiero

ESTACION DE NAVEGANTES

correr riesgos contigo, después tratas de quitármelo, ya te conozco, bribona) y acuden a esas reuniones organizadas por las damas grises con fines benéficos. Vegetan toda la semana en la rutina de las telenovelas, del *beauty parlor*, *dear* —sí, papi, estoy aquí poniéndome linda para ti— y los *showers* y *tea parties*; luego, el domingo, van a misa con su querido y respetable esposo, que es Caballero de Colón, por la tarde leen una novela de Agatha Christie o de Caridad Bravo Adams y en la noche —oh, claro, amor, claro que debemos ir— van a ver la última comedia de Jack Lemon. Al salir del cine toman un helado en el Dairy Queen y más tarde, en la recámara con aire acondicionado, entre cortinas de encajes y medias lunas dormidas, soportan con fingido ardor (algunas simulan orgasmos) que el marido las posea en ese amplio lecho *king size* traído de Nueva York.

(*Locutor:* 2... el 2 es la tercera cifra.)

Después conversan un rato en la penumbra con el fatigado y feliz esposo sobre el horóscopo y los consejos que una revista femenina da para ser buena esposa y compañera de un hombre dinámico como él. Sí, no voy a pasarme el día encerrado como una tortuga asustada.

(*Locutor:* Recuerde... Carta Vieja. El que lo toma no lo deja. Y si lo deja, ja ja jai... después se queja.)

Me pongo un suéter, termino la cerveza y casi corriendo salgo al sol del mediodía con una sensación exultante en todo el cuerpo, como si por primera vez en la vida fuese libre y pudiera correr sin agotarme hasta el otro lado del mundo.

El sol cae a plomo y la calle reverbera. El asfalto despide un calor intenso y húmedo. Tomo la acera sombreada por almendros y durante unos minutos camino aprisa para que el ejercicio acabe de eliminar los restos de alcohol. Siento una ligera irritación en los ojos. No me he observado en el espejo, pero presumo que debo tenerlos enrojecidos. Del lado del mar sopla una brisa fresca y continúo caminando, ya sin prisa ni destino, sólo por el placer de caminar y sentirme vivo, sin pensar en nada concreto, únicamente deleitándome con la brisa y con la luz que inunda el día.

CRONICA

1503

"Día de la Epifanía (6-I) llegué a Vera-gua, ya sin aliento; allí me deparó Nuestro Señor un río y seguro puerto.

"A seis de febrero, lloviendo, envié se-tenta hombres la tierra adentro, y a las cinco leguas hallaron muchas minas: los indios que iban con ellos los llevaron a un cerro muy alto, y de allí les mostraron hacia toda parte cuanto los ojos alcanzaban, diciendo que en toda parte había oro, y que hacia el poniente llegaban las minas veinte jornadas, y nombraban las villas y lugares donde ha-bía de ello más o menos. Después supe yo que el Quibián que había dado estos indios, les habían mandado que fuesen a mostrar las minas lejos y de otro su contrario; y que adentro de su pueblo cogían, cuando él que-ría, un hombre en diez días una mozada de oro: los indios sus criados y testigos de esto traigo conmigo...

"...Cuando yo descubrí las Indias dije que

DIMAS LIDIO PITY

eran el mayor señorío rico que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especierías, con los tratos y ferias, y porque no apareció todo tan presto, fui escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De uno oso decir, porque hay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años, y que las tierras de la comarca no pueden ser más hermosas, ni más labradas, ni la gente más cobarde, y buen puerto y hermoso río, y defendible al mundo."

CRISTÓBAL COLÓN

(Carta VII a los Reyes. Jamaica, 7 de julio de 1503.)

Cuando cesó de llover, El Moroco se llenó de gente y así estuvo hasta la madrugada. La mulata y su grupo se habían ido temprano, sin embargo, habían llegado otras mujeres y un par de gringos. Estos saludaron a Billy al pasar cerca de nosotros, él respondió con un gesto y levantó el vaso hacia ellos. Luego, en tanto se acomodaban y pedían bebida en la barra, Billy dijo *shit*, con una mueca obscena, *big shit*, y dejó el vaso en la mesa. Los dos gringos eran muy jóvenes, quizá más que Billy; uno era delgado y grácil, aunque el otro no era grueso, y tenía maneras delicadas.

—¿Son amigos tuyos? —pregunté.

—No —dijo Billy—. Apenas los conozco, pero sé qué clase de gente son. El de la izquierda —señalaba al más delgado— es un marica que se ha valido de todo para no ir al frente. Está dándose la gran vida aquí. Según parece, su familia tiene dinero y altas influencias. El otro es de Arizona o de Texas, no sé bien, y ha llegado a cabo arrastrándose, lamién-

dole las botas a los oficiales. Ahora es el amigo de turno del otro. Los dos son *shit* —repitió.

Mientras Billy hablaba, yo no dejaba de observar a los recién llegados. Estaban muy juntos en la barra, casi rozándose las caderas remarcadas por los pantalones ceñidos. Ambos bebían cerveza y de pronto noté que el más delgado nos miraba por el espejo. Al cruzarse nuestras miradas, hizo un gesto de saludo; correspondí levantando el vaso. Seguidamente me levanté para ir al servicio. Cuando regresé, Billy había pedido otra ronda y seguía con los ojos entornados el ritmo de la canción rock que tocaba el jukebox.

Terminamos la bebida y ordenamos de nuevo. Ahora la barra estaba más despejada y los gringos estaban menos juntos, aunque hablaban en voz baja y el más delgado semejaba acariciar al otro con la mirada. Billy parecía fastidiado por algo —¿sería por la presencia de los gringos?— y preguntó si no había otro lugar donde pudiéramos seguir bebiendo tranquilos, porque el Moroco, dijo, ya estaba demasiado lleno. Respondí que a esa hora todo Río Abajo debía estar igual, pero, claro, de todos modos podíamos irnos a otra parte. Tal vez el Kimbo Bar o La Muralla o el Joe's tuvieran menos gente. O, si quería, podíamos ir, como le había dicho antes, a La Gruta Azul o al Villamor. En ambos sitios había buenas mujeres, la mayoría extranjeras de toda Latinoamérica, no cobraban mucho y la bebida tampoco era muy cara.

—Bueno, salgamos primero de aquí y luego decidimos adónde vamos.

Llamé a Charlie y pedimos la cuenta. Dejé la propina acostumbrada y Billy le dio cinco dólares. El barman sonrió, sus ojos se iluminaron como cuando estaba realmente contento y nos deseó buena suerte. El gringuito delgado seguía observándome por el espejo y al levantarnos se volvió e hizo un gesto de despedida. Mientras caminábamos hacia la salida en la atmósfera cargada de humo y sudores, le pregunté a Billy por qué nos miraría tanto el gringuito. ¿No sería que pensaba incluirlo a él entre sus íntimos? Lanzó una maldición y salimos a la noche.

En comparación con el escándalo del Moroco, la calle estaba silenciosa, aunque pasaban automóviles y de alguna parte nos llegaba música tropical. El aire fresco de la madrugada, purificado por la lluvia, olía a sombra y a yerba. Del Moroco tomamos a la derecha, hacia donde había varios bares a dos cuadras de distancia. Para llegar allá había que cruzar el puente de Río Abajo y cuando estuvimos en él Billy se recostó en la balaustrada y se puso a ver las aguas turbias que corrían tres metros debajo; mejor dicho, se puso a escucharlas o a imaginarlas, porque no era posible verlas en la oscuridad. Yo estaba demasiado tranquilo para incomodarme por eso; lo dejé hacer y encendí un cigarrillo mientras me detenía unos pasos más adelante. Un carro pasó a gran velocidad y uno de sus ocupantes gritó algo. Por lo que fuera, hice un gesto obsceno con la

mano y mentalmente mandé al auto y su carga a la perra que los parió. De pronto Billy comenzó a vomitar. Reclinado en el antepecho del balaustre esperé a que terminara.

Al otro lado de la vía, treinta o cuarenta metros adelante de donde estábamos, en el declive que había entre la calle y el río, podía ver las luces de un burdel de mala muerte, al que iba todos los sábados cuando era adolescente y no podía gastar más de tres dólares en una mujer y uno cincuenta en bebida. Ahora, aunque estaba borracho, recordé cómo, entre esas mujeres gastadas por el oficio, ya inaceptables en sitios de más categoría, había encontrado a Ester, una compañera de primaria que siempre había soñado con ser balletista y que en sexto grado había pertenecido a un grupo de danzas españolas. Allí, un sábado, en una mesa húmeda de cerveza y quién sabía qué otra cosa, Ester me había reconocido (nos reconocimos mutuamente) y me había contado la historia de su miseria. Ya tenía dos hijos (ignoraba quiénes eran y dónde estaban los padres), su madre había muerto años antes y ella había caído y rodado y vuelto a caer hasta llegar allí, a esa mesa, a esa noche lluviosa de mayo. Durante un tiempo había estado en Colombia, en Barranquilla exactamente, a donde la había llevado un hombre con la promesa de ponerla a bailar en el club de un amigo. Finalmente no había habido ni club ni amigo y ella había tenido que dejar al hombre, que después de un tiempo la golpeaba a

menudo, y ponerse a trabajar en el burdel clandestino de una francesa. Entonces tenía buena presencia y pronto pudo reunir el dinero necesario para regresar a Panamá. Después, ah, después... ¿para qué contarme más? La historia completa estaba en su rostro de diecinueve años. Seguimos conversando y luego, tras de haber terminado las cervezas, por un oscuro impulso, le pedí que subiéramos, pues suponía que eso era lo que ella esperaba que yo hiciera. En la escalera, sin embargo, me acometió una sensación extraña. De un lado sentía la desilusión de haberla encontrado allí: una puta entre tantas; de otro, persistía aquella antigua atracción que me había inspirado su cuerpo grácil estremecido por la música andaluza. Recordé que en la escuela muchas veces hubiera querido decirle cuánto me gustaba, pero nunca me había atrevido más que a decirle que bailaba muy bonito, y ahora el tiempo parecía no haber cambiado las cosas porque tampoco sabía qué decirle. Ya en el cuarto, algo se interpuso entre nosotros y en vano quise excitarme evocando a aquella Ester de mirada juguetona; por el contrario, experimenté un sentimiento de repulsa hacia mí mismo, como si mi sola presencia allí mancillara un recuerdo sagrado. No había ningún nexo entre esa mujer que mecánicamente se desvestía frente a mí y la niña que había conocido. No obstante, movido por algo que seguramente era orgullo, me desnudé y traté de comportarme como pensaba que debía de hacerlo. Pero fueron

inútiles todos los intentos. Finalmente, confuso y avergonzado, me vestí mientras interiormente lamentaba lo ocurrido y hasta el mismo hecho de estar allí. Bajamos y "eso no es nada" dijo cuando comenté algo; "otra vez será". Pero nunca fue. Esa noche tuve pesadillas y antes de levantarme, para liberarme de la vergüenza y borrar la frustración, me masturbé con la imagen de Ester-manola besándome en un pasillo de la escuela. En los meses siguientes regresé al burdel y estuve con otras mujeres, aunque con Ester no volví a intentarlo: simplemente la saludaba como a cualquier amiga. No obstante, íntimamente me mortificaba verla subir con otros; me resultaba doloroso que un extraño la abrazara. Después he pensado que tal vez había algo de morbo en mi conducta porque seguí yendo al lugar y en tanto ella atendía a los clientes yo revivía recuerdos, y entonces ese sitio, del que ahora sólo veía las luces, no era un burdel con mujeres semidesnudas sino el escenario de una escuela primaria, en el cual una niña agitaba sus lindas piernas entre pollerines andaluces.

Billy acabó de vomitar, se limpió con el pañuelo y escupió en el cauce de aguas turbias. Guardó el pañuelo mientras caminaba hacia mí con pasos torpes. Entonces advertí que realmente estaba muy borracho, que lo mejor era buscar dónde pudiera echarse un poco de agua en la cabeza.

—Vamos —dije cuando estuvo a mi lado y le pasé un brazo por los hombros—,

ESTACION DE NAVEGANTES

vamos a tomarnos un trago donde sea; creo que te hace falta.

Murmuró algo y escupió.

—¿Tienes un cigarrillo?

—Claro, Billy, seguro.

Saqué uno y se lo di encendido. Aspiró y pareció recobrase momentáneamente, pero unos metros más allá volvió a vomitar (intentó hacerlo) con las manos apoyadas en las rodillas; sin embargo, por más esfuerzos que hizo no salió nada. Tenía los ojos llorosos cuando se incorporó y dijo que fuéramos a buscar ese trago. Nuevamente le pasé un brazo por los hombros y reanudamos la marcha hacia los bares.

En el Royalito había mucha gente, más que en el Moroco, pero aun así pedimos *gin and tonic* en la barra y Billy aprovechó para ir al servicio: se lavó la cara y dejó correr el agua un rato sobre su cabeza. Cuando regresó estaba repuesto y sonreía.

—Me siento mucho mejor —dijo al tomar el vaso—. Ahora sí podemos ir a donde quieras.

Me puse a pensar adónde sería bueno ir cuando termináramos el trago. En el Lipy's el ambiente era sucio, había muchos maleantes y marihuanos y las mujeres que iban allí no pasaban revista sanitaria, por lo que un simple beso podía tener consecuencias funestas. No, el Lipy's no. Tal vez el Joe's. Allí no había mujeres casi nunca, pero la bebida era buena y la clientela no era cochambrosa. O si no, el Kimbo; no, ese estaba lejos y

había que tomar bus para llegar. Sí, lo mejor era el Joe's. Terminé mi vaso y esperé a que Billy acabara el suyo. Luego buscamos la salida mientras en un escenario del fondo una mulata semidesnuda iniciaba un número mixto de canto y danza afrocubana con una serpiente enrollada en el cuerpo, la cola de la cual sobresalía y se agitaba entre sus muslos.

—¿Quieres ver eso? —pregunté a Billy.

—No —dijo—, mejor salgamos a buscar un buen trago.

Otra vez caminamos en la noche fresca, por la acera todavía mojada, con la música que salía de los bares mezclándose y confundiéndose en la oscuridad apenas disminuida por el alumbrado de la calle.

Billy caminaba desatento a lo que veíamos; tal vez todavía estaba demasiado borracho, pese a haberse mojado la cabeza, para atender otra cosa que no fuera su borrachera. A mí, en cambio, el espectáculo de los anuncios de los bares brillando como infatigables y monstruosas luciérnagas multicolores, me parecía irreal y maravilloso. Allí estaban las casas dormidas de Río Abajo y la gente que entraba y salía de los bares, las mujeres que pasaban a nuestro lado con andar y mirada insinuantes, el ruido de los automóviles en la calle mojada —cada vez que pasaba uno, la música se fundía con el ruido húmedo de las llantas y durante un instante la noche era un sonido opaco y neutro, ni música ni ruido, sino algo viscoso que se alejaba y finalmente desaparecía en la distancia para que la música

de todos los bares volviera a ser una sola y múltiple melodía. la materia del aire y de la sombra.

Billy no veía las luces de La Muralla, el castillo blanco y azul que formaban, que una vez era todo blanco contorneado de azul y otra todo azul contorneado de blanco; el caballito de White Horse que cabriolaba como un potro salvaje sobre el Blue Moon y se encabritaba y daba coces, como si quisiera evadirse de los tubos de neón para correr detrás de las yeguas en algún prado remoto; no veía las gemelas ondulantes de La Cueva: cada una con una estrella en la frente y una varita mágica en la mano; no veía la sirena roja que llamaba a los transeúntes desde lo alto de La Isla y que agitaba sus caderas de pez como sólo una sirena puede hacerlo. No veía nada Billy, sino la calle, los automóviles y la gente que pasaba a nuestro lado conversando y riéndose.

Contra lo supuesto, en el Joe's no había demasiada gente y encontramos una mesa desocupada cerca de la entrada. En la barra, algunos hombres, cinco o seis, hablaban a gritos y simultáneamente. Parecían discutir de boxeo, aunque nadie hubiera podido entender qué decía cada quien. En las mesas, en casi todas, había grupos que hablaban y reían. En una, un hombre y una mujer bebían en silencio, muy juntos, perdidos en sí mismos, un brazo de él sobre los hombros de ella. De vez en cuando se besaban y luego volvían a quedarse quietos, como si no estuvieran en el Joe's, entre el escándalo de la barra

y el calypso que en ese momento tocaba el jukebox, sino en el parque de Summy Garden o a orillas del lago Madden al atardecer.

Observé detenidamente el local hasta que un nueva canción, *The yellow submarine*, me hizo preguntar a Billy si le gustaban los Beatles y la música rock en general. Sí, le gustaban mucho, claro, aunque había intérpretes que eran una basura. En Nueva York él había oído, en el Village, grupos muy buenos, aunque no eran profesionales ni tenían publicidad. Tocaban en tugurios llenos de muchachos de mirada triste y cabellos largos. Imaginé muchachos que miraban el aire dulcemente a través del humo de la marihuana, indiferentes a la marcha del mundo, consumidos por días y noches de insomnio, de semanas y meses de viaje por ciudades del este y del oeste, viajes en trenes de carga y en autostop o a pie, de noches pasadas en los furgones o en los andenes o en autos estacionados en las gasolineras, a veces en compañía de una chica de mirada también triste y otras de un muchacho de cabello también largo. Él los había oído muchas veces y había disfrutado oyéndolos. Sí, eran buenos esos conjuntos. En ocasiones tocaban en los teatros *underground* y el efecto de su música era multiplicado por los actores y las luces y por el mismo público que se integraba en la penumbra a la cadencia recóndita (primitiva decían algunos), al *feeling* de los sonidos eléctricos y la batería frenética. Algunas veces, millonarios excéntri-

cos o artistas de moda llevaban a uno de tales grupos a sus fiestas para que los invitados disfrutaran con la música de la juventud. Pero, claro, había de todo. Recordaba a un grupo integracionista —dos blancos y una negra, un negro y dos blancas— que recorría todo el Village y en ninguna parte hallaba acogida. No tenían idea del ritmo ni dominaban sus instrumentos. Lo único que sabían hacer bien era drogarse y hablar mal de los negros que no ponían de su parte para hacer más llevadera la vida entre los blancos. Malcolm X, el Black Power . . . no, no servían. El integracionismo era la solución. Eso repetían a quien quisiera oírlos. Y las dos blancas invitaban a la cama a todo negro que encontraban. Precisamente en una fiesta organizada por un aspirante a pintor, sobrino de un petrolero texano, él (Billy) había ido al baño y encontrado allí a una de las dos arrodillada frente a un bongosero negro que tenía el pantalón abierto. Ninguno de los dos pareció inmutarse y él orinó y salió y ellos siguieron como estaban. Ese conjunto era lo peor que recordaba haber escuchado, y había oído varios muy malos, de esos que no hacen música sino ruido. Sin embargo, a pesar de cosas como esa, la música rock era una gran cosa, y le gustaba. ¿Había escuchado yo algo de Jimmy Hendricks? Y los Beatles, claro, eran muy buenos.

Sus dedos golpeaban la mesa al ritmo de la música mientras observaba con gesto distraído el decorado sicodélico y escandaloso del local. Me levanté y fui a poner

de nuevo *The yellow submarine*. Inexplicablemente, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, en realidad creo que ni me interrogué al respecto, la canción de los Beatles me conmovió en ese momento y experimentaba oyéndola una íntima y profunda sensación de sosiego y bienestar, como si la repetición de la frase *yellow submarine* y la música dulce que la acompaña evocaran en mí plácidas visiones del pasado o anticiparan escenas igualmente apacibles. Regresé a la mesa y también me puse a llevar el ritmo golpeando el vaso con los dedos. Al terminar la pieza resurgió la vocinglería de la barra y propuse irnos a otro sitio. Tampoco se podía beber a gusto en el Joe's y no valía la pena escuchar los gritos de los borrachos.

Salimos nuevamente a la calle húmeda, a los faroles de mercurio y los anuncios multicolores. Ya debíamos estar muy borrachos porque ni siquiera nos preguntamos adónde iríamos: nos daba lo mismo ir a un sitio u otro o caminar en cualquier dirección. Así, sin proponérselo, pasamos otra vez frente al Royalito y volvimos a ver el caballo de White Horse sobre el Blue Moon, las gemelas de La Cueva y la sirena de La Isla, que ahora me pareció mucho más lasciva y excitante. Después cruzamos el puente y nos hallamos nuevamente ante el Moroco. Seguimos de largo y una cuadra más adelante atravesamos la avenida y abordamos un bus.

El aire lavado por la lluvia entraba por las ventanillas y refrescaba nuestros

ESTACION DE NAVEGANTES

ojos irritados por el humo y enrojecidos por el alcohol. Aspiré profundamente varias veces y pedí parada frente a La Gruta Azul.

—¿Qué hay aquí? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Billy en tanto descendía y luego mientras se esforzaba en mantener el equilibrio en la acera.

—Mujeres, hombre, y bebida —respondí risueño—. Vamos a ver cómo está el ambiente. Ahora es cuando va a comenzar la fiesta.